

Sergio Marchi

Roger Waters

Paredes y puentes: el cerebro de Pink Floyd



En la prehistoria de la psicodelia británica de fines de los años 60, Pink Floyd inauguró una forma de hacer música que dinamitó los fundamentos del pop, aquel que lideraba los *charts* y que el grupo de Londres contaminó con su delirio audiovisual. La nave, comandada por Syd Barrett —estrella distante del rock—, encalló pronto: su mentor principal perdió la cabeza por el LSD. Roger Waters emergió del naufragio para convertir aquella embarcación desquiciada en un crucero que terminó dando la vuelta al mundo. En pocos años, Pink Floyd estilizó el rock y le otorgó un aura conceptual que hizo escuela; del progresismo espacial de *El lado oscuro de la luna* a la genial aproximación a sus propias miserias en *The Wall*, Waters imprimió su sello y condujo al grupo a su cenit musical.

Fiel a su costumbre y con la minuciosidad que lo caracteriza, Sergio Marchi aporta un documento esencial para comprender los cómo y los porqué de un fenómeno que, cuarenta años después de su enloquecido bautismo, sigue tan vigente como en sus inicios: *Roger Waters. Paredes y puentes: el cerebro de Pink Floyd*.

Índice de contenido

Ladrillos sueltos

Prólogo

1. Resplandor de cadete espacial
2. Los días más felices
3. No estoy aquí
4. Dominio Interestelar
5. La vaca milagrosa
6. Corre, conejo, corre
7. El lunático está en la sala
8. Los cerdos vuelan
9. Asombrosos poderes de observación
10. Espacios vacíos
11. Dos soles en el crepúsculo
12. Cosas que no son lo que parecen

Imágenes

13. El show debe continuar
14. Del color que te guste
15. La promesa de un mundo nuevo
16. Nosotros y ellos
17. El gran baile en el cielo
18. Tiempo

Ecos

Epílogo

Discografía

Agradecimientos

Sobre el autor

Notas

*Este libro está dedicado con mucho cariño,
admiración y respeto
a Gustavo Cerati y a su familia.*

Foto: Andrew Whittuck, Getty Images

Ladrillos sueltos

Prólogo

“No te rindas sin dar pelea”

“Hey You” - Pink Floyd

Escupir a alguien es tal vez la forma más radical de expresar el desprecio; algo intensamente personal y con sentida dedicación: la propia saliva como proyectil fabricado en el interior de nuestro organismo hacia un objetivo con una identidad absolutamente clara. Es una agresión que no admite retorno. Ya es un lugar común en las películas donde un guerrero, vencido y sin posibilidades, recibe un indulto extorsivo, que compromete su honor, y responde escupiendo al que lo somete rechazando su oferta de un modo heroico. Acto seguido, es trasladado a alguna horrorosa forma de confinamiento o padecimiento, ya que el show debe continuar y la película tiene que mostrar alguna trama y una chance de redención para el héroe. Pero eso es el cine; la vida real es algo muy diferente.

Sin embargo, *The Wall* comenzó de esa manera, cuando Roger Waters escupió a un miembro de su público, en 1977, durante una gira de Pink Floyd. Ese fue el primer ladrillo de esta inmensa pared que en 2012 no ha perdido nada de su solidez inicial. Un muro resistente y bien construido por un estudiante de arquitectura que abandonó la carrera junto a un par de compañeros para dedicarse a una de las aventuras más increíbles que pueda experimentar un ser humano. No se trata solamente de las innumerables peripecias y obras de Pink Floyd, uno de los mejores y más importantes grupos de toda la historia del rock; no es tampoco el añadido de la obra de Roger Waters, la fuerza mo-

tora y creadora detrás de la banda, que ha continuado como solista. Se trata de algo mucho más inmenso y poderoso: el viaje que emprende un ser humano en un punto dado de su vida para enfrentar su propia infelicidad. Y él logra vencerla o, al menos, llegar a buenos términos con el origen de sus sufrimientos.

De acuerdo con la leyenda, siempre más espectacular que la realidad, el 6 de julio de 1977, Pink Floyd realizó el último show de la gira presentación de su disco *Animals*. Se trataba de un momento difícil para la banda, que había crecido tanto que finalmente tuvo que encarar su primera gira en estadios al aire libre. Eran pocos los grupos que en ese tiempo alcanzaban una escala semejante que no tardaba en convertirse en pesadilla; solamente The Rolling Stones y Led Zeppelin habían continuado con aquella locura que se cobró el sistema nervioso de The Beatles, quienes comprendieron en 1966 que tal nociva costumbre los había hecho retroceder como músicos, por eso siguieron funcionando sólo como banda de estudio. Si bien se podría pensar que el hecho de tocar en condiciones tan adversas como en un estadio sin sistema de amplificación, tal cual hoy lo conocemos, y frente a decenas de miles de adolescentes chillando histéricamente podría constituir un fabuloso entrenamiento como salir a caminar en una tormenta de nieve, la realidad es que la música, el rock en este caso, es arte y no se rige por parámetros deportivos.

Pink Floyd brindaba el último concierto de la gira que había comenzado en enero y sus integrantes se encontraban exhaustos por el enorme esfuerzo realizado. Esta situación de estadios afectaba a Floyd más que al resto de sus colegas, ya que la fuerza de su música radicaba más en el clima que pudieran generar que en el ritmo o en el volumen a desarrollar. Es tremendamente complicado, aún hoy, alcanzar una atmósfera hipnótica y cautivante en un estadio a cielo abierto por razones que van desde lo meramente meteorológico hasta la naturaleza del comportamiento hu-

mano. Esa noche infame, un grupo de muchachitos, claramente excedido de alcohol y con fuegos artificiales, se ubicó frente al escenario y se dedicó a gritarle a Roger Waters que tocara una canción determinada^[1]. Tan insistentes fueron que captaron su atención y lograron desconcentrarlo. Cansado de tanta molestia, Waters se acercó al borde del escenario y escupió al gritón. "Ni siquiera sé si le acerté, espero que no", narró el artista en 2011, todavía avergonzado por su inesperada reacción. Aquel hecho sorprendió también a sus propios compañeros que no quisieron salir a hacer los bisés pertinentes, no tanto por la acción de Waters sino porque de algún modo compartían su malestar. Aunque no su alienación, la que llegó al punto de desear la creación de una pared que lo aislase del público. Sin embargo, ese muro era mucho más alto y poderoso de lo que Roger pudiera haber llegado a comprender en su momento. Y, además, esa pared ya estaba construida con los ladrillos de sus más profundos temores que lo aguardaban, pacientes, en la fortaleza de su propio inconsciente.

Esa fue la génesis de *The Wall*, una de las obras más impresionantes que haya generado el rock y que lo trasciende. Es la historia de un hombre parapetado detrás de un formidable muro con la vana esperanza de que lo proteja del mundo. Es el cuento de una estrella de rock atribulada, incapaz de establecer contacto con nadie, ni siquiera consigo mismo, que se consume en el ardor de su propia locura. Es la ligera ilusión de librarse de los propios miedos colocando una pared imaginaria que los detenga y le ponga fin al dolor interior. Pero más que nada es el titánico esfuerzo de un hombre que utiliza el arte como metáfora de su propia vida y como arma destructora de sus propios traumas. *The Wall* es el alucinante intento de Roger Waters de llegar a buenos términos consigo mismo y poder resolver todas las cuentas pendientes de su propia psiquis.

Al igual que John Lennon, Roger Waters utilizó el rock no solamente como herramienta de expresión de sus pro-

pías ideas, sino también como un agente curativo que le permitiera sublimar su propio padecer. Cuando Mick Jagger y Keith Richards compusieron "(I Can't Get No) Satisfaction", oficiaron como catalizadores de un sentimiento juvenil compartido: era toda una generación que se rebelaba, ahora abiertamente y con todas las armas en la mano y a la vista, contra el modo de vida de sus padres en 1965. Había algo de catarsis colectiva en aquel "I can't get NO"; existía una felicidad maliciosa en el subrayado: "¡No, no, no!". Amy Winehouse supo utilizar ese truco en el tema "Rehab", donde se burlaba de los problemas que pocos años más tarde le costarían la vida.

En los aullidos desgarradores de John Lennon en el tema "Mother", cuando la canción se extingue, hay algo absolutamente personal: sus sentimientos de pérdida más intensos. "¡Mamá, no te vayas! ¡Papá, volvé a casa!", gritaba Lennon en carne viva, reviviendo el dolor que había padecido por los reiterados e intensos abandonos que sufrió. El primero sucedió cuando su padre desertó de su familia y lo dejó solo con su madre; después, cuando su madre lo envió a vivir con la célebre tía Mimí; más tarde, cuando su padre retornó para llevárselo con él, y con la posterior intervención de su madre Julia, que lo puso en la difícil disyuntiva de decidir con quién quedarse. John era un chico de cinco o seis años que no debía haber sido expuesto a tan doloroso escenario. Al comienzo se decidió por su padre, para salir corriendo después tras las piernas de su madre, quien volvió a dejarlo al cuidado de Mimí. Un padre fugitivo (que lo abandonó dos veces y que retornó en una tercera ocasión cuando se enteró de la fama de su hijo) y una madre ausente que repite el abandono con asombrosa tenacidad y con la que John fue entablando un extraño vínculo que terminó de un modo espantoso: con la muerte de Julia atropellada por un policía borracho fuera de servicio.

En 1970, cuando John sublimó aquellos sentimientos en "Mother", ya era un dios para multitudes. En ese momento,

Lennon ya había dejado atrás a The Beatles, el grupo más exitoso de todos los tiempos. Lo que no pudo dejar atrás fue ese terrible sentimiento de pérdida que lo había acompañado durante treinta años. Necesitó gritárselo al mundo estimulado por la terapia con el psicoanalista Arthur Janov, un estadounidense, autor del libro *The Primal Scream* (El grito primitivo), sumamente influyente en la historia del rock (la existencia de Tears For Fears y Primal Scream así lo indica). John tenía treinta años y después de semejante confesión pudo compensar al mundo al año siguiente con una canción que simboliza el anhelo de paz mundial: "Imagine". John todavía no había hallado la paz, pero de algún modo ya podía imaginarla y ponerle melodía y verso.

Roger Waters hizo exactamente lo mismo con *The Wall*: realizó un poderoso exorcismo de su propia psiquis utilizando aquella idea que surgió en el show de Canadá cuando escupió a su fan e imaginó su pared. Pero *The Wall*, con todo su poderío y su enorme elocuencia, no fue suficiente para Waters, que encaró un acto aún más radical, cuyo resultado fue *The Final Cut*, y que en vez de culminar en la demolición de un muro, terminó con la dinamitación de Pink Floyd y la apertura de un nuevo ciclo en su vida y en la de su viejo grupo, como se contará en este libro.

Lo bueno de esta historia es que, a treinta años de los hechos, el acto parece haber surtido efecto. Hay que verlo hoy a Roger Waters, un señor de sesenta y ocho años que conserva la vitalidad y la pasión de los años en que se convirtió en uno de los más grandes compositores del rock. "Ya no estoy alienado" es la frase que formuló en un sinfín de reportajes en los que comparó su estado de ánimo actual con el que experimentaba cuando concibió la idea de una pared aislante. Y eso marca una gran diferencia. "En aquel entonces, yo era un hombre joven lleno de temores", razona Waters. Ahora no lo parece y es paradójico que esa pared que alguna vez ideó para bloquearse, hoy se con-

vierta en una obra que le permite conectar con lo que alguna vez lo alienó: su audiencia.

* * *

Recuerdo haberme comprado *The Wall* apenas apareció en Buenos Aires, en 1980. Tuve que adquirir un ejemplar uruguayo, más costoso y más complicado de obtener, porque en la Argentina no se había editado: la dictadura militar lo prohibió. Como siempre, esa prohibición logró el efecto contrario: incrementó mis ganas de tenerlo. Obviamente, terminaron publicando el álbum, aunque en una circular del COMFER quedó inmortalizada la prohibición de "Otro ladrillo en la pared (parte II)", interpretado por el grupo Pik Floyd (sic), con fecha del 1.º de julio de 1980. Si bien no figuraba en la lista de "cantables prohibidos", la canción estaba incluida en la nómina de aquellas "no aptas para ser difundidas en el horario de protección al menor". De más está consignar que "Another Brick in the Wall, Part II", terminó por convertirse en un superéxito, aunque no tanto por su difusión por los medios de comunicación, sino porque se transformó en una de las tantas canciones de "música disco" que se bailaban en los diferentes boliches de aquella época. Justo sería decir que era un poco lenta para la danza, pero buena para aquellos que hacíamos portación de "rockerismo" en un contexto "travoltista" claramente desfavorable en lo numérico.

Pertenezco a la generación que entró a la música a comienzos de los setenta, con The Beatles separados y sus fragmentos floreciendo como solistas. Ellos funcionaron como una pared benéfica para mí, que me protegió de mis propios conflictos, miedos y traumas, brindándome además una educación absolutamente superior a la que recibí en el colegio. Ellos me introdujeron al rock. Los problemas continuaban allí, lógicamente, pero ya tenía un conocimiento que me proveería de herramientas para enfrentarlos. Así

como a un niño le cuesta estar lejos de la vista de sus padres (al menos en los primeros años, después aprenden a ocultarse de ellos), a mí me costó apartarme de The Beatles, pero no tuve más remedio que hacerlo una vez que completé su colección y la de sus integrantes por separado.

Tuve la inmensa suerte de nacer a ese mundo del rock en 1974, y que el material editado tardíamente en la Argentina perteneciera a los primeros años setenta, una época dorada del rock. Era natural que sucumbiese a la perfección de *The Dark Side of the Moon*, un disco que habitaba todas las casas, y que aún hoy logra traerme lágrimas a los ojos y nuevas revelaciones. No tuve idea hasta mucho más tarde de lo trascendente que iba a ser ese álbum, aunque supongo que la banda sospechaba algo por lo que me contó Alan Parsons, su ingeniero de grabación, en 2011: "Creo que todos sabíamos que el disco era especial, y de hecho creo que continúa siendo el mejor disco de toda la carrera de Pink Floyd. Pero nadie de nosotros hubiera imaginado en ese entonces que ese disco todavía seguiría siendo pasado por radio cincuenta años más tarde".

De la misma manera, imagino que Roger Waters no pudo sospechar la trascendencia de *The Wall* cuando compuso la obra en 1978. Seguro que conocía el material con el que estaba trabajando (la temprana muerte de su padre en la guerra, el sentimiento de alienación, el fantasma de Syd Barrett, el temor a que todos supieran lo que estaba experimentando en aquel tiempo), pero no tenía modo de suponer que aquella pared resistiría tantos años y que tendría la capacidad de servir para múltiples usos, porque lo que comenzó como una defensa ante el horror del descubrimiento de su propia alienación (gatillado por ese famoso gargajo), terminó como exorcismo de su alma. El trabajo que comenzó con el álbum, continuó con la puesta en escena del mismo, avanzó con la película junto a Alan Parker y Gerald Scarfe y concluyó con *The Final Cut*, que hizo volar a Pink

Floyd por los aires como si fuera un verdadero cerdo con alas. Como en toda explosión, hubo que esperar un tiempo a que el polvo se disipase y permitiese que Roger Waters tuviera una visión más clara de las cosas. El tema es que Mr. Waters no es un hombre paciente, y se lanzó de lleno a una carrera solista, le sobraban visiones. Pero había más ladrillos que remover, por dentro y por fuera, lo que constituyó una titánica tarea que, tozudo como es, llevó adelante con una tenacidad digna de encomio.

Su carrera solista tuvo puntos muy bajos de reconocimiento, probablemente pagando el precio de no estar amparado bajo el manto protector de Pink Floyd, y empeñándose en mostrar nuevas ideas que el mundo no quería escuchar, simplemente porque estaba "confortablemente adormecido" con la felicidad del pasado. Roger Waters puede ser un infatigable investigador de su propia vida, buscando las pistas que le permitan resolver su angustia, pero nunca fue una persona que se durmiese en los laureles. Cuando pasado cierto tiempo se animó a tomar posesión del legado de Pink Floyd, algo que legítimamente le pertenecía, sus cosas comenzaron a mejorar, a tal punto que logró una total reivindicación de su carrera solista, de su creación y, lo que es mejor, una paz sincera aunque no total con sus antiguos compañeros de Pink Floyd, con quienes pudo realizar la ceremonia reconciliatoria en público, haciendo felices a millones en *Live 8*.

Recuerdo particularmente aquel día, porque yo dirigía un portal musical. Ese sábado reuní al equipo para trabajar horas extra (no pagas) y retratar un momento histórico que tenía más que ver con el evento que con la reunión de Pink Floyd. Sin embargo, en el instante en que pude ver por Internet a Roger Waters, David Gilmour, Richard Wright y Nick Mason invocando a la vieja magia una vez más a través de "Breathe", me emocioné como el chico que fui en 1975, cuando tenía doce años y escuché por primera vez *The Dark Side of the Moon* (recuerdo el triángulo plateado con

que afearon la tapa en la edición local). El rock tiene eso de maravilloso, permite que un tipo que se acerca a los cincuenta años, con una velocidad que preferiría aminorar, pueda reconectar con el sentimiento del niño que empezaba a descubrir el mundo con sus oídos, tan sólo con escuchar unos pocos acordes de bienvenida, y obtener algún efecto balsámico en la mediana edad y, con suerte, redescubrir viejas herramientas de conocimiento que aún hoy continúan al servicio de todos.

Pink Floyd tocó aquel día por última vez con los cuatro miembros que le dieron su fantástica vida. Rick Wright murió pocos años más tarde.

* * *

Conocí a Roger Waters en marzo de 2007 en Buenos Aires, pero el hecho quedó borroso en mi memoria. Estoy casi seguro que mi amigo Marcelo Fernández Bitar medió para que yo pudiera participar de una íntima conferencia de prensa que se llevó a cabo en el hotel Sheraton, previa a sus conciertos en River. Creo que éramos seis periodistas, y cada uno podía hacer una sola pregunta. Recuerdo, sí, que Waters se mostró como una persona cálida, acortando las distancias que suelen imponer esa clase de encuentros. Humanizó la situación, se mostró interesado en responder con dedicación el breve cuestionario y, sobre todo, en escuchar las preguntas o establecer cualquier diálogo posible; cuando todo terminó, Mr. Waters nos dio la mano a cada uno de los presentes. Uno de nosotros se animó y pudo sacarse una foto con él; yo no tuve esa valentía. Que el hecho sucedió, estoy seguro, porque conservo la grabación y la posterior desgrabación en un archivo de texto. Y más: recuerdo haber visto un show de esa gira con anterioridad en Dinamarca, cuando Roger Waters fue el número de cierre del Festival de Roskilde de 2006, al que tuve la inmensa dicha de asistir con mi amigo Alfredo Rosso. Lo disfruté, pero ese